

ojos apagados se habían abierto. El padre lo tocó, y encontrándolo frío como un hielo:

—Es verdad; ¡está muerto!

Y era tal su estupor, que por un rato permanecieron allá, secos los ojos, únicamente heridos de la brutalidad de la aventura, que juzgaban increíble!

Después, quebrantadas las rodillas, abatióse Cristina junto al lecho; y lloraba con grandes sollozos que la conmovían todo el cuerpo, retorcidos los brazos y pegada la frente al colchón. En aquel primer momento terrible, su desesperación consistía sobre todo en un punzante remordimiento, el de no haber amado lo bastante al pobre niño. Una visión rápida desarrollaba á su vista los días anteriores, y cada uno de éstos le aportaba un pesar, palabras duras, caricias diferidas, y á veces, rudezas, y se acabó! ¡ya nunca le resarciría del robo que de su corazón le hiciera! El, á quien encontraba tan desobediente, acababa de obedecer demasiado. Háblale repetido tan á menudo: «¡Estate quieto; deja trabajar á tu padre!» que por fin era ya cuerdo, para largo tiempo! ¡Esta idea la sofocó; cada sollozo le arrancaba un sordo grito!

Claudio había echado á andar de un lado á otro, en un deseo nervioso de cambiar de sitio. Convulsa la faz, no lloraba sino gruesas lágrimas raras, que enjugaba regularmente con el dorso de las manos. Y cuando pasaba por delante del tierno cadáver, no podía menos que dirigirle una mirada. Aquellos ojos fijos, abiertos desmesuradamente, parecían ejercer en él una fascinación. Al principio, resistióse; mas la idea confusa se precisaba, y acababa por ser una obsesión invencible. Por fin, cedió; cogió un pequeño lienzo y comenzó un estudio del niño muerto. Durante los primeros minutos, sus lágrimas le impidieron

ver, anegándolo todo en una neblina; mas él, enjugándolas, obstinábase con trémulo pincel. Después, el trabajo secó sus párpados y dió seguridad á su mano; y en breve, ya no tuvo delante á su hijo helado, sino un modelo, un asunto cuyo extraño interés le apasionaba. Aquel dibujo exagerado de la cabeza, aquel tono de cera de las carnes, aquellos ojos parecidos á agujeros en el vacío, todo ello le excitaba, le enardecía como una llama. Echábase atrás, complacíase, y sonreía vagamente á su obra.

Cuando Cristina se levantó, encontróse consagrado á la tarea. Entonces, nuevamente presa de un acceso de lágrimas, dijo simplemente:

—¡Ah! ya puedes pintarlo, ¡no se moverá!

Por espacio de cinco horas, siguió trabajando Claudio. Y á los dos días, cuando Sandoz le acompañó á casa, desde el cementerio, al regreso del entierro, estremecióse de piedad y admiración ante el cuadrito. Era uno de los buenos estudios de antaño, una obra maestra de claridad y vigor, con una inmensa tristeza además, el fin de todo, la vida muriendo de la muerte de aquel niño.

Y mientras manifestaba su admiración, lleno de elogios, quedó sobrecogido oyendo á Claudio:

—¿De veras, te agrada? Siendo así, me decido. ¡Ya que el otro no está terminado, enviaré éste al Salón!

X

Tres días iban transcurridos desde que Claudio remitiera *L'Enfant mort* al Palacio de la Industria, cuando tropezó con Fagerolles, una mañana, en los alrededores del Parque Monceaux:

—¡Cómo! ¿eres tú, querido?—exclamó cordial-

mente el último.—¿Qué es de ti? ¿en qué te ocupas? ¿eres tan caro de ver!

Después, cuando el otro le hubo hablado de su envío al Salón, de ese cuadrito que constituía su único pensamiento, añadió:

—¡Ah! ¿con que te decidiste? voy á hacer que lo admitan. Ya sabes que este año soy candidato para el Jurado.

Efectivamente, en el tumulto y en el eterno descontento de los artistas, después de las tentativas de reformas veinte veces reanudadas, y abandonadas en seguida, la Administración acababa de confiar á los expositores el derecho de elegir por sí los miembros del Jurado de admisión; y esto trastornaba al mundo de la pintura y de la escultura; habíase declarado una verdadera fiebre electoral, las ambiciones, las camarillas, las intrigas, todo este teje-maneje que deshonra la política.

—Vente conmigo —prosiguió Fagerolles. —Es preciso que visites mi instalación, mi pequeño hotel, donde aún no has puesto los pies, á pesar de tus promesas... Está ahí cerca, en la esquina de la avenida de Villiers.

Y Claudio, cuyo brazo había cogido jovialmente, hubo de seguirle. Experimentaba cierta cobardía; la idea de que su antiguo camarada podría hacer admitir su obra, le llenaba á la vez de vergüenza y de deseo. Ya en la avenida, ante el pequeño hotel, se detuvo para contemplar la fachada, reproducción exacta de una casa Renacimiento, de Bourges, con ventanas de vastidor, torrecilla de caracol, y techumbre de plomo. Era una verdadera joya de muchacha; y no fué poca su sorpresa cuando, al volver la cabeza, percibió, al otro extremo de la calzada, el hotel regio de Irma Bécot, donde había pasado una noche cuyo recuerdo conservaba como un sueño. Vasto,

sólido, casi severo, este último tenía una importancia de palacio, en frente á su vecino, el artista, reducido á un capricho de arquitectura.

—¿Eh?—dijo Fagerolles, con cierto viso de respeto;—¡échale un galgo á la tal Irma! ¡ahí tienes, una catedral! ¡Ah! ¡pardiez! ¡yo no vendo sino cuadros! ¡Entra, hombre!

El interior ostentaba un lujo raro y magnífico: viejos tapices, armas antiguas, un hacinamiento de muebles preciosos, curiosidades de China y Japón, desde el vestíbulo; á izquierda, un comedor, todo él con tableros de laca, pendiendo en su techo un dragón rojo; una escalera de madera tallada, donde flotaban banderas, y montaban en penacho verdes plantas. Pero, sobre todo, el taller, arriba, era una maravilla; angosto, sin un cuadro, enteramente cubierto de *portiers* de Oriente, ocupado, en un extremo, por una chimenea enorme, cuyo cesto soportaban unas Quimeras y lleno en el otro extremo por un vasto diván bajo un pabellón, todo un monumento, lanzas sosteniendo en el aire el suntuoso dosel de tapices, encima de un montón de alfombras, pieles y cojines, casi al ras del suelo.

Claudio miraba, pugnando por salir de sus labios una pregunta, que retuvo. ¿Estaba pagado aquello? Condecorado desde el año anterior, Fagerolles, según se aseguraba, exigía diez mil francos por un retrato. Naudet, que, después de haberlo lanzado, explotaba ahora su fama por fracciones ordenadas, no soltaba uno de sus cuadros á menos de veinte, treinta, cuarenta mil francos. Los pedidos habrían llovido sobre él como granizo, á no afectar el pintor ese desdén, ese agobio del hombre cuyos menores esbozos se disputaban las gentes. Y, sin embargo, aquel lujo descocado trascendía á deuda, sólo respiraba partidas entregadas á cuenta á los proveedores; todo el dinero,

ese dinero ganado como en Bolsa, jugando al alza, deslizábase entre los dedos, gastándose sin dejar huella. Por otra parte, Fagerolles, aun en la primera llamarada de tan brusca fortuna, derrochaba sin contar, sin inquietarse, fortalecido por la esperanza de vender, siempre, cada vez más caro, y engreído por el elevado rango que alcanzaba en el arte contemporáneo.

Al fin, Claudio divisó un cuadrito, en un caballete de ébano, forrado de felpa roja. Era todo lo que allí se veía del oficio, con una caja de colores, de palosanto, y otra de pastel, olvidada sobre un mueble.

—Delicadísimo—dijo Claudio ante el pequeño lienzo, para mostrarse amable.—¿Has enviado ya tu obra al Salón?

—¡Ah! ¡sí! ¡á Dios gracias! ¡cuánto gentío! ¡un verdadero desfile, que me ha tenido en pie, ocho días seguidos, de la mañana á la noche! No quería exponer ¡eso desmerece! ¡También me lo prohibía Naudet! pero, ¿qué quieres? ¡tanto me rogaron! ¡todos los jóvenes empeñados en meterme en el Jurado, para que los defienda! ¡Oh! ¡mi cuadro no puede ser más sencillo: *Un Dejeuner*, como así lo llamo: dos caballeros y tres señoras bajo los árboles, los huéspedes de una casa de campo que han llevado consigo una colación y se la comen en un claro... Ya verás; es bastante original.

Su voz vacilaba; y cuando tropezaron sus ojos en los de Claudio, que le miraba con fijeza, acabó de perder la serenidad, y empezó á chancearse del cuadrito que estaba en el caballete:

—Es una marranada que Naudet me encargó. No creas que ignoro lo que me falta; algo de lo que á ti te sobra, querido... Yo, ya lo sabes, siempre soy tu amigo; sin ir más lejos, ayer mis-

mo sostuve tu defensa en una reunión de pintores.

Dábale palmaditas en los hombros. Había sentido el secreto desprecio de su antiguo maestro y quería reconquistarlo por sus caricias de antaño, mimitos de zorrón que dice: «Soy una zorrón» para que la quieran. Y con la mayor sinceridad, en una especie de deferencia inquieta, volvió á prometerle que emplearía todo su poder para que admitiesen su obra.

A todo esto, iba llegando gente; más de quince personas entraron y salieron en menos de una hora: padres que acompañaban á jóvenes discípulos, expositores que iban á recomendarse, camaradas que tenían que cambiar influencias, y hasta mujeres que ponían su talento bajo la protección de sus atractivos. Y era de ver al pintor haciendo su oficio de candidato, prodigar apretones de manos, diciendo á éste: «¡Qué lindo es su cuadro! ¡si supiese usted cuánto me gusta!» asombrándose ante aquél: «¡Cómo! ¡todavía no le han dado una medalla!» y repitiendo á todos: «¡Ah! ¡si yo fuese Jurado, ya les metería en vereda!» Despedíales extasiados, y cerraba la puerta en pos de cada visitante, con aire de amabilidad suma, en que se traslucía la secreta risita del antiguo rondador de aceras.

—¿Eh? ¿lo creerías?—dijo á Claudio, un momento en que estuvieron solos;—¿puede sobrar-me el tiempo, con semejantes idiotas?

Y, acercándose á la ventana, abrió bruscamente uno de sus tableros; y percibióse, al otro lado de la avenida, en uno de los balcones del hotel de enfrente, una forma blanca, una mujer oculta en un peinador de encajes, que agitaba su pañuelo. A su vez agitó Fagerolles las manos. Después, cerráronse ambas ventanas.

Claudio había reconocido á Irma; y en el si-

lencio que se siguió, explicóse tranquilamente Fagerolles:

—Ya ves; no puede ser más cómodo... Tenemos una telegrafía completa. Ahora me llama; ¡y he de ir allá! ¡Ah! ¡querido! ¡es una moza que podría darnos lecciones!

—¡Lecciones! ¿de qué?

—¡De todo! ¡Qué vicio, qué arte, qué inteligencia! ¡Si te dijese que ella es quien me hace pintar! sí, ¡palabra de honor! ¡tiene un olfato extraordinario para el éxito! ¡Y con ello, siempre un verdadero pilluelo en el fondo, con una picardía y un frenesí tan chusco cuando se encapricha de alguien!

Dos pequeñas llamaradas rojas habían invadido sus mejillas, mientras una especie de fango removido enturbiaba un momento sus ojos. Ella y él habían reanudado sus intimidades, desde que ocupaban la avenida; hasta se decía que él, tan astuto, tan práctico en todas las añagazas del arroyo parisiense, se dejaba comer por ella, sangrado, á cada momento, de alguna suma redonda, que ella enviaba á pedir por su doncella, para un proveedor, para un capricho, para nada, á menudo, sólo por el gustazo de vaciarle los bolsillos; lo cual explicaba en parte los continuos aprietos en que se veía, y su deuda creciente, á pesar del movimiento que proseguía elevando la cótización de sus cuadros. Por lo demás, sabía perfectamente que su papel, para con ella, era el del lujo inútil, una distracción de mujer aficionada á la pintura, distracción robada á espaldas de los amantes formales, que pagaban como maridos. Tomábalo ella á broma; y entre los dos mediaba como el cadáver de su perversidad, un guiso de bajeza, que le movía á risa y le hacía excitarse en ese papel de amante de corazón, olvidadizo de todo el dinero que daba.

Claudio se disponía á marcharse. Fagerolles pateaba, echando ojeadas inquietas al hotel frontonizo.

—No creas que te despido; pero ya ves, ¡me está esperando! ¡Conque, convenidos! tu admisión es segura, ¡digo! si formo parte del jurado... Pásate por el Palacio de la Industria, la noche del escrutinio, y sabrás desde luego si puedes contar conmigo.

Por de pronto, Claudio se juró que no se tomaría tal molestia. La protección de Fagerolles le pesaba, y, sin embargo, en el fondo, temía que ese terrible muchacho faltara á su promesa, por cobardía ante el fracaso. Después, el día de la votación, no pudiendo dominar su inquietud, se fué á rondar por los Campos Elíseos, dándose el pretexto de una larga caminata. Lo mismo daba pasear allí, que en otro sitio; y como había cesado toda clase de trabajo, en la esperanza, no confesada, del Salón, empezaba de nuevo sus interminables correrías á través de París. El no podía votar, pues para ello precisaba haber sido admitido por lo menos una vez. Y pasó repetidas veces por delante del Palacio de la Industria, cuya puerta le interesaba, con su turbulencia, su desfile de artistas electores, entre hombres de blusas sucias, voceando listas, una treintena de listas al menos, de todas las camarillas, de todas las opiniones, la lista de los talleres de la Escuela, la lista liberal, intransigente, de conciliación, de los jóvenes, de las mujeres. Parecía, como al día siguiente de un motín, la locura del escrutinio, á la puerta de una sección.

Por la tarde, desde las cuatro, cuando la votación hubo terminado, ya no resistió Claudio á la tentación de subir para enterarse. Ahora, la escalera estaba libre; subía quien quería. Arriba, penetró en la inmensa Sala del Jurado, cuyas

ventanas dan á los Campos Elíseos. Una mesa de doce metros ocupaba el centro; y en la chimenea monumental, á uno de los extremos, ardían árboles enteros. Allí reunidos estaban cuatro ó quinientos electores, para el escrutinio, mezclados con amigos, con simples curiosos, hablando recio, á gritos, desencadenando bajo el elevado techo un fragor de tempestad. En torno de la mesa iban instalándose secciones, funcionando: una quincena en total, compuestas respectivamente de un presidente y dos secretarios. Pero aún faltaba organizar tres ó cuatro más, sin que nadie se presentara, excusándose todos, por temor á la abrumante tarea que mantenía allí clavada á la gente de celo gran parte de la noche.

Precisamente, Fagerolles, en la brecha desde por la mañana, agitábase, gritaba, para dominar la batahola:

— ¡Ea, señores, nos falta un hombre!... ¡A ver! ¡un hombre de buena voluntad!

Y atisbando á Claudio, precipitóse á su encuentro y le arrastró á la fuerza.

— ¡Ea! ¡hazme el favor de sentarte aquí y ayudarnos! Es para la buena causa ¡qué diablo!

De golpe, encontróse Claudio presidente de una sección y llenó su cometido con tímida gravedad, conmovido en el fondo, convencido casi de que la admisión de su cuadro iba á depender de su conciencia en aquella tarea. Dictaba en alta voz los nombres inscritos en las papeletas, que le entregaban por paquetes iguales, mientras sus dos secretarios los inscribían; y esto, en la más atroz de las cerraduras, en el ruido-granizada de los veinte, de los treinta nombres gritados á la vez por veinte voces distintas, entre el continuo rascar de la muchedumbre. Como no podía hacer nada sin que se apasionase, animábase, desesperado cuando una papeleta no contenía el nombre

de Fagerolles y venturoso cuando podía lanzar este nombre otra vez más. Eso sí; sentía á menudo este gozo, pues el camarada se había hecho popular, exhibiéndose por donde quiera, frecuentando los cafés donde se reunían los grupos influyentes, y aun arriesgando profesiones de fe y comprometiéndose con los jóvenes, sin olvidarse de saludar con respeto á los miembros del Instituto. Surgía una simpatía general; el tal Fagerolles era allí como el niño mimado.

A eso de las seis, en aquel lluvioso día de marzo, cerró la noche. Los criados encendieron las lámparas; y unos cuantos artistas desconfiados, perfiles mudos y sombríos que vigilaban el escrutinio con oblicua mirada, se aproximaron. Otros comenzaban la broma, arriesgando gritos de animales, lanzando ensayos de tirolesa. Pero cuando la algazara salió de cauce, fué á las ocho, al servirse la colación, fiambres y vino. Vacíábanse con violencia las botellas, atracábanse de todos los platos que podían haber á mano; era una kermesse bulliciosa, en aquella sala gigantesca, iluminada con reflejos de fragua por los enormes leños de la chimenea. Después, todos fumaron, y el humo enturbió la amarillenta luz de las lámparas; mientras que, por el suelo, iban hacinándose las papeletas tiradas durante la votación, migas de pan, algunos platos rotos, todo un estercolero donde se hundían los tacones de las botas. Soltábanse las lenguas; un escultorcillo pálido subióse á una silla para arengar al público, y un pintor, de bigotes rudos, bajo una nariz de águila, sentóse á horcajadas en otra silla y se puso á galopar en derredor de la mesa, saludando, haciendo de Emperador.

Poco á poco, no obstante, muchos, fatigados, se marchaban. Al dar las once, sólo quedaban unos doscientos; pero, después de media noche,

llegó más gente, ociosos de frac negro y corbata blanca, que salían del teatro ó de una soirée, hostigados por el deseo de conocer, antes que París, los resultados del escrutinio. También vinieron *reporters*, y se les veía lanzarse fuera de la sala, uno á uno, en cuanto tomaban nota de una suma parcial.

Claudio, ronco ya, seguía dictando. El humo y el calor iban haciéndose intolerables, y de la fangosa sembradura del suelo desprendíase hedon de establo. Dió la una; dieron las dos. Y seguía dictando nombres, y dictando; y la conciencia con que procedía en su cometido le había retardado tanto, que las demás secciones estaban listas desde largo rato hacía, cuando aún la suya se hallaba engolfada en columnas de cifras. Por fin, centralizáronse las sumas todas, y se proclamaron los resultados definitivos. Fagerolles ocupaba el décimoquinto lugar entre los cuarenta elegidos, el quinto en orden antes de Bongrand, que figuraba en las mismas papeletas, pero cuyo nombre había sido borrado á menudo. Y clareaba el día cuando Claudio llegó á la calle Touriaque, melido y regocijado.

Entonces, durante dos semanas, vivió entre ansias mortales. Por diez veces tuvo intención de ir á informarse á casa de Fagerolles; pero cierta vergüenza lo retenía. Además, como el Jurado procedía por orden rigurosamente alfabético, tal vez nada estaba decidido aún. Y, cierta tarde, sintió un golpe en el corazón, percibiendo en el bulevar de Clichy dos anchos hombros, cuyo balanceo conocía perfectamente.

Era Bongrand, quien pareció perplejo con el encuentro; sin embargo, fué el primero en hablar: —Ya sabe usted; allá, con aquellos malditos, la cosa no marcha... Pero no todo está perdido, Fagerolles y yo, vigilamos. Sobre todo, cuente

usted con Fagerolles, pues por mi parte, tengo un endiablado miedo de comprometerle.

La verdad era que Bongrand estaba en continuas hostilidades con Mazel, elegido presidente del Jurado, un maestro célebre de la Escuela, última trinchera de la convención elegante y enfática. Aun cuando los dos se trataban de «querido colega», cambiando sendos apretones de manos, las hostilidades habían estallado desde el primer día; si uno de ellos pedía la admisión de un cuadro, el otro, al momento, daba un voto negativo. Por el contrario, Fagerolles, nombrado secretario, se había hecho el bufón, el vicio de Mazel, quien le perdonaba su defección de antiguo discípulo, de tal modo ese renegado le adulaba, le mecía en inteligente mimo. Además, el joven maestro, «muy rocín» como decían los camaradas, mostrábase con los debutantes, con los audaces, más duro que los miembros del Instituto; y no se humanizaba sino cuando quería hacer admitir un cuadro, abundando entonces en invenciones chuscas, intrigando, arrebatando el voto con agilidad de escamoteador.

Esos trabajos del Jurado eran una ruda tarea, donde el mismo Bongrand fatigaba sus vigorosas piernas. Cada día, los guardianes preparaban el trabajo á primera hora: una interminable fila de grandes cuadros colocados en el suelo, apoyados contra la barandilla, huyendo á través de las salas del piso primero, dando la vuelta completa al Palacio; y cada tarde, desde la una, los cuarenta, capitaneados por el presidente, armado de una campanilla, volvían á empezar el mismo paseo, hasta agotar todas las letras del alfabeto. Los fallos se emitían en pie; barbullábase en lo posible la tarea, desechando sin voto los lienzos peores; á veces, no obstante, una discusión detenía el grupo; seguía un altercado de diez ini-

nutos, y se reservaba la obra en litigio para la revisión de la tarde; mientras que dos mozos, cogida por ambos extremos una cuerda de diez metros, la sostenían tirante, á cuatro pasos de la línea de los cuadros, para mantener á buena distancia la ola de Jurados que se echaban adelante en el ardor de la disputa y cuyos vientres, á pesar de los pesares, ahuecaban la cuerda. En pos del Jurado, seguían los setenta guardianes en blusa blanca, evolucionando á las órdenes de un capataz, haciendo el apartado á cada decisión comunicada por los secretarios, separando los admitidos de los desechados que se dejaban á un lado, como cadáveres después de la batalla. Y la vuelta duraba dos horas largas, sin una tregua, sin una silla donde sentarse, de pie siempre, en un pataleo de fatiga, entre las glaciales corrientes de aire que obligaban á los menos friolentos á rebujarse en el fondo de sus gabanes de pieles.

Así, pues, la colación de las tres de la tarde era acogida con regocijo: un descanso de media hora ante un buffet, provisto de vino de Burdeos, chocolate, sandwichs y pastelillos. Allí se abría el mercado de las concesiones mutuas, los trueques de influencia y de votos. La mayoría tenía pequeños *carnets* para no olvidar nombre alguno, en la granizada de recomendaciones que se abatía sobre ellos; y los consultaban, comprometiéndose á votar en favor de los protegidos de un colega, si éste daba el voto á los suyos. Otros, por el contrario, libres de tales intrigas, austeros é indiferentes, apuraban un cigarrillo, anegando su mirada en el humo.

Después, la tarea se reanudaba, aunque menos activa, en una sala única, donde había sillas y hasta mesas, con plumas, papel y tinta. Todos los cuadros que no llegaban á un metro y medio eran juzgados allí, «pasando al caballete»; en fi-

las de diez ó doce, á lo largo de una especie de tablado, cubierto de sarga verde. Muchos miembros del Jurado se abstraían plácidamente en sus sillas; otros despachaban su correspondencia, siendo preciso que el presidente se enojase para obtener mayorías presentables. A veces, soplaban un hálito de pasión, empujábanse todos, y el voto por manos levantadas emitíase en una fiebre tal, que sombreros y bastones se agitaban en el aire, sobre la tumultuosa ola de cabezas.

Y allí, en el caballete, apareció por fin *L'Enfant mort*. Desde ocho días antes, Fagerolles, cuyo carnet rebosaba de notas, entregábase á regateos complicados para obtener votos en favor de Claudio; mas el negocio era duro; no se ajustaba con sus otros compromisos; sólo tropezaba con negativas, al pronunciar el nombre de su amigo; y quejábanse de lo poco que le secundaba Bongrand quien, por su parte, sin un mal carnet, é inhábil como pocos, echaba á perder las causas mejores, por estallidos de franqueza inoportunos. Más de veinte veces, Fagerolles hubiera relegado á Claudio, á no ser por la obstinación que empleaba en querer ensayar su potencia, acerca de esa admisión considerada imposible. ¡Ya verían si era ó no de talla para imponer su voluntad al Jurado! Tal vez, en el fondo de su conciencia, latía también un grito de justicia, el sordo respeto al hombre cuyo talento robaba.

Precisamente, aquel día Mazel estaba de humor detestable. Desde el principio de la sesión, el capataz habíase presentado presuroso:

—Señor Mazel; ayer hubo un error; se desechó un fuera-de-concurso... ¿Ya sabe usted, el número 530: una mujer desnuda, al pie de un árbol?

Efectivamente, el día anterior se había echado el tal cuadro á la fosa común, despreciado por

unanimidad, sin notar que era de un antiguo pintor clásico, respetado del Instituto; y el azoramiento del capataz, esa guasa de una ejecución involuntaria, regocijaba á los jóvenes del Jurado, que se echaron á reír, con aire provocador.

Mazel aborrecía semejantes historias, considerándolas desastrosas para la autoridad de la Escuela; y con un gesto de cólera había dicho sencillamente:

—¡Pues bien! pescarlo de nuevo, y ponerlo entre los admitidos... Ya me temía yo una trastada con la insoportable batahola de ayer. ¿Cómo quieren ustedes que se emita buen fallo, así, al galope, si ni siquiera puedo obtener silencio?

Y dió un terrible campanillazo:

—Vaya, señores... en la brecha estamos... ¡Un poquito de buena voluntad!

Por desgracia, desde los primeros cuadros colocados en el caballete, ocurrió otra desventura. Un lienzo, entre otros, llamó su atención, por lo pésimo que lo encontraba; y como su vista iba haciéndose débil, inclinóse á leer la firma, murmurando:

—¿Quién es el marrano...?

Pero al momento irguióse, trastornado al ver el nombre de uno de sus amigos, un artista que también era baluarte de las doctrinas sanas. Y creyendo que no le habían oído, gritó:

—¡Soberbio!... El número uno, ¿verdad, señores?

Otorgóse el número uno, la admisión que daba derecho á la barandilla; pero eso sí, riendo, considerando. Mazel se resintió vivamente y se hizo fiero.

Y así iba la cosa; muchos se explayaban á primera mirada, y después recogían sus frases en cuanto habían descifrado la firma; lo cual acababa por volverlos prudentes, arqueando los

hombros, cerciorándose del nombre, con furtiva mirada, antes de dictaminar. Por lo demás, cuando pasaba la obra de un colega, algún lienzo sospechoso de un individuo del Jurado, tenían la precaución de advertirse con una seña, á espaldas del pintor: «¡Cuidado; es suyo!»

A pesar del enervamiento de la sesión, suscitó Fagerolles una primera contienda. Tratábase de un espantable retrato, pintado por un discípulo suyo, cuya familia, riquísima, le admitía en sus íntimas reuniones. Había tenido que llevarse á un lado á Mazel para enternecerle, contándole una historia sentimental: un desdichado padre, con tres hijas, que se morían de hambre; y el presidente se había hecho muy de rogar; ¡qué diablorio! ¡cuando uno tenía hambre, debía dejarse de pinturas! ¡vaya una manera de abusar de sus tres hijas! Alzó la mano, sin embargo, al principio, sólo con Fagerolles. Protestaban los demás, reñojábanse, y hasta se rebelaban otros dos miembros del Instituto, cuando Fagerolles les sopló al oído:

—Es para Mazel... El mismo me ha pedido mi retrato... Creo que se trata de un pariente. ¡Tiene en ello un empeño...!

Y, alzando inmediatamente sus manos los dos académicos, declaróse una fuerte mayoría.

En esto, estallaron carcajadas, chistes, palabras de indignación: acababan de colocar en el caballete *L'Enfant mort*. ¿A quién se le ocurría presentarles la *Morgue*? Y los jóvenes mofábanse con la enorme cabeza, que evidentemente representaba un mico muerto por haberse tragado una calabaza; mientras que los viejos, azorados, echábanse atrás.

Desde luego, dió Fagerolles por perdida la ju-

gada. Al principio, procuró arrancar la votación bromeando, según su astuto maniobrar:

—Vamos, señores, un antiguo gladiador...

Furibundos gritos le interrumpieron. «¡Ah! ¡no! ¡ese no! ¡ya le conocían, al antiguo gladiador! ¡un loco que se obstinaba desde hacía quince años, un orgulloso que la echaba de genio, que había hablado de demoler el Salón, nin nunca enviar un lienzo posible!» Todo el odio á la originalidad sin reglas, á la competencia temida, á la fuerza triunfante, aun cuando batida, rugía en el estallido de las voces. «¡No! ¡no! ¡á la puerta!»

Entonces, Fagerolles tuvo la debilidad de irritarse también, cediendo á la cólera de ver patente su escasa influencia formal.

—¡Son ustedes injustos; sean justos, cuando menos!

Aquí, el tumulto llegó á su colmo. Rodeábanle, empujábanle, agitábanse brazos amenazadores, partiendo frases como balas.

—¡Caballero, está usted deshonrando al Jurado!

—¡Si defiende usted eso, es para que su nombre figure en los periódicos!

—¡Es usted muy poco inteligente!

Y Fagerolles, fuera de sí, perdiendo hasta la elasticidad de su humor chancero, contestó pesadamente:

—¡Lo soy tanto como ustedes!

—¡Cállate!—repuso un camarada, un pintorcillo rubio muy casca-rabias;—¡no creas que vamos a tragarnos semejante buñuelo!

—¡Sí, sí, un buñuelo!—todos repetían con plena convicción este nombre, calificativo habitual que aplicaban á los más ínfimos mamarrachos, á la pintura pálida, fría y trivial de los embadurnados.

—¡Bueno!—dijo por fin Fagerolles, apretados los dientes;—¡que se vote!

En cuanto la discusión comenzó á acalorarse, púsose Mazel á agitar su campanilla, rojo de cólera al ver que su autoridad no se acataba:

—¡Vamos, señores, vamos! ¡Es fuerte cosa, que no puedan ustedes entenderse sino á gritos! ¡Señores, por favor!

Al fin, obtuvo algún silencio. En el fondo, no eran malos sus sentimientos. ¿Por qué no admitir aquel cuadrito, aun cuando lo encontraba detestable? ¡Tantos se admitían!

—¡Vamos, señores; á votar!

Y se disponía á levantar su mano, cuando Bongrand, mudo hasta entonces, brotando fuego sus mejillas, en un arranque de cólera demasiado retenido, desatóse bruscamente, fuera de propósito, lanzando este grito de su conciencia sublevada:

—¡Pero, voto á! ¡entre nosotros no hay cuatro capaces de crear un cuadro semejante!

Circularon gruñidos; tan rudo era el porrazo, que nadie acertó á replicar:

—¡Señores, votar!—repitió Mazel, súbitamente pálido, con voz seca.

Y el tono bastó; era el odio latente, las rivalidades feroces bajo la aparente bondad de los apretones de manos. Raras veces llegábase á tales querellas. Casi siempre, acababan por ponerse de acuerdo. Pero, en el fondo de las vanidades laceradas, había heridas para siempre abiertas, desafíos mortales á navaja, que se sostenían sonriendo.

Sólo Bongrand y Fagerolles alzaron las manos, y *L'Enfant mort*, desechado, no tuvo más esperanza de admisión, sino en la revisión general.

Esta revisión general era la tarea terrible. El Jurado, después de sus veinte días de sesiones cotidianas, tomábase, en vano, dos días de des-

canso, para dejar que los guardianes preparasen el trabajo; dábanle escalofríos la tarde en que se congregaba, en medio de la exhibición de los tres mil cuadros, de entre los cuales era preciso pescar un pico para completar la cifra reglamentaria de dos mil quinientas obras admitidas. ¡Ah! esos tres mil cuadros colocados de uno á otro extremo, contra las barandillas de todas las salas, en torno de la galería exterior, por todas partes, en una palabra, hasta sobre el pavimento, tendidos en el suelo, cual pantanos encharcados, entre los cuales mediaban exiguos senderos costeando la orilla de los cuadros, una inundación, un desbordamiento creciente, invadiendo el Palacio de la Industria, y sumergiéndolo bajo la enturbiada ola con toda la mediocridad y locura que puede arrastrar el arte! ¡Y sólo tenían una sesión para revisarlo todo, de una á siete de la tarde, seis horas de galop desesperado, á través de aquel laberinto! Al principio, pertrechábanse contra la fatiga, limpios aún los ojos, viendo claro; pero, en breve, sus piernas se debilitaban por aquella marcha forzada, sin un alto; irritábanse sus ojos, quemados, cegados por aquellos colores danzantes; y era preciso andar siempre, ver y juzgar siempre, hasta caerse de cansancio. Desde las cuatro, aquello era una derrota, un rompanfilas, á campo travieso. En la retaguardia, á lo lejos, iban arrastrando los pies algunos miembros del Jurado, sin chistar. Otros, aislados, entre los cuadros, no pudiendo salir del intrincado sendero, iban dando vueltas, sin nunca encontrar el fin. ¡Cómo ser justos, gran Dios! ¡qué extracto de aquel espantable montón! Al buen tun-tun sin distinguir precisamente un paisaje de un retrato, completaban el número. ¡Doscientos, doscientos cuarenta; y ocho más, aún faltaban ocho! ¿Este? No, ¡aquél! Como gusten ustedes. Siete

ocho ¡ya está! ¡Por último, habían encontrado la salida, y se largaban cojeando, en salvo, libres!

Una nueva escena les había detenido en una sala, en derredor de *L'Enfant mort*, yacente en el suelo, entre otros restos. Pero, esta vez, tomábase la cosa á broma; un burlón fingía tropezar y poner el pie en mitad del lienzo; otros corrían á lo largo de los angostos senderos, como para buscar el verdadero sentido de un cuadro, declarando que era mucho mejor mirado del revés.

También Fagerolles comenzó sus chistes:

—¡Ea, señores; un poco de buena voluntad! ¡Mirad el juego, ved; se da con descuento! ¡Vaya, decidíos; haced esa buena acción!

Divertíanse todos al oírle, pero se negaban con mayor rudeza, entre crueles risotadas. ¡No, no, jamás!

—¿Lo aceptas por tu limosna?—gritó la voz de un camarada.

Era costumbre; los miembros del Jurado tenían derecho á «una limosna»; cada uno de ellos podía elegir en el montón un lienzo, por execrable que fuese, y quedaba admitido en el acto, sin examen. Ordinariamente, se concedía la caridad de esa admisión á los desarrapados. Estos cuarenta pescados de última hora eran los mendigos del portal, á quienes se dejaba entrar por desdeñosa compasión.

—¡Por mi limosna!—repitió perplejo Fagerolles;—el caso es que tengo otro reservado para mi limosna! sí; flores, de una señora...

Interrumpiéronle fuertes risotadas. ¿Era linda? Aquellos señores, ante la pintura de mujer, mostrábanse chocarreros, sin la menor galantería. Y él seguía perplejo, pues la señora en cuestión era una protegida de Irma. Ocurriósele un expediente:

—¡Calle! ¿y usted, Bongrand? ¿por qué no